Isaac Deutscher

SOBRE LOS ESCRITOS MILITARES DE Trotsky

Ediciones MASAS

La Paz - Bolivia

2025

SOBRE LOS ESCRITOS MILITARES DE TROTSKY

Un resumen de las actividades militares de Trotsky no puede concluir sin una referencia a sus escritos militares. Como fundador y jefe de un ejército, Trotsky siguió siendo un hombre de letras deseoso de dar forma y expresión a sus experiencias e ideas, aun entre el humo de la batalla. Los numerosos volúmenes de sus ensayos, discursos y órdenes militares se distinguen porque exhiben cualidades tan diferentes entre sí como son el impulso romántico y el realismo práctico, y en ocasiones por una profundidad casi filosófica.

Rádek relata que Trotsky, cuando fue nombrado Comisario de la Guerra, sólo había leído unos pocos libros sobre asuntos militares: *L´Armée Nouvelle*, de Jaurés, una extensa *Historia de la Guerra* de Schulz, un socialista alemán, y los escritos de Franz Mehring sobre Federico el Grande. Rádek indudablemente empequeñece la preparación teórica de Trotsky a fin de subrayar con mayor fuerza sus éxitos en este terreno. Durante las guerras balcánicas y en los primeros años de la Guerra Mundial, Trotsky estudió la literatura militar contemporánea. Seguramente estaba familiarizado, al igual que Lenin, con la obra de Clausewitz, a quien citó y con cuya actitud abordó a menudo sus propios problemas. Pero Rádek tiene razón cuando sostiene que el texto que más impresionó a Trotsky fue *L´Armée Nouvelle* de Jaurés, la obra de un gran historiador y socialista democrático, y no un experto militar.

Jaurés trató de reconciliar dos aspectos de su propia política: su lucha contra la oficialidad reaccionaria francesa, cuya influencia en la política nacional se había manifestado en el proceso contra Dreyfuss, y su deseo patriótico de ver a la República Francesa armada y preparada para defenderse. Concibió una reforma del ejército que coincidiría (tal era su esperanza) con las reformas económicas y políticas que transformarían a la Francia burguesa en una "república social". Postuló la sustitución del ejército permanente por milicias. El ejército permanente, confinado y adiestrado dentro de la rígida estructura de los cuarteles, en aislamiento artificial de la sociedad civil y en oposición latente a ésta, había sido la principal fuente de fuerza política de la oficialidad. Las milicias

habrían de establecerse sobre la base de unidades de producción, fábricas y comunidades de aldea; los milicianos recibirían su adiestramiento localmente y seguirían viviendo y trabajando como ciudadanos normales, dedicando parte de su tiempo, ya fuera continua o intermitentemente, al arte y la técnica de la guerra. Las milicias, por lo tanto, estarían de tal suerte orgánicamente integradas en la comunidad civil que ningún general ambicioso o camarilla militar podría usarlas como instrumento político. [1]

Trotsky tomó prestada la idea de Jaurés, pero la insertó en un contexto diferente. Jaurés creía posible democratizar el ejército convirtiéndolo en un sistema de milicias aun bajo el sistema capitalista. Para Trotsky, tal creencia era una ilusión reformista. La oposición virtual o real de un ejército permanente a la sociedad civil reflejaba, en su opinión, el conflicto entre los intereses de las clases propietarias, que ese ejército defendía en última instancia, y los de las clases trabajadoras. Sólo después que los intereses de las clases trabajadoras hubiesen ganado preminencia, sostenía Trotsky, podría el ejército sumergirse en el pueblo e identificarse con él. La abolición del ejército permanente se avenía con el Estado que habría de extinguirse gradualmente, como se esperaba que sucediera con el Estado proletario.

Ello no obstante, Trotsky organizó el Ejército Rojo como un ejército permanente. El sistema de milicias, argumentó, sólo podía ser eficiente teniendo como trasfondo una sociedad altamente industrializada, organizada y civilizada. El medio ambiente ruso le dictó al Ejército Rojo los principios de su organización, que fueron muy semejantes a los que habían servido de base a la estructura del ejército zarista. La diferencia entre los dos ejércitos residía en su actitud política y social, no en sus rasgos estrictamente militares.

Trotsky justificó esto como una necesidad provisional e insistió en que el Partido y el gobierno debían proponerse el sistema de milicias como su objetivo último. Defendió esta posición en las "Tesis" que sometió al octavo Congreso del Partido en marzo de 1919 y que Sokólnikov defendió

1- Diametralmentc opuesta a la concepción de Jaurés es la idea de un ejército enteramente profesional que se utilizaría como un arma decisiva en la guerra civil, expuesta por el general De Gaulle en Ven VArmée de Metier antes de 1939.

en ausencia de Trotsky ante el Congreso. [2] Este contemplaba el día en que los hombres recibirían su adiestramiento militar, no en los cuarteles, sino en condiciones muy semejantes a las de la vida cotidiana de los obreros y campesinos. La transición no podía iniciarse en serio antes de que se lograra un resurgimiento de la industria; pero aun ahora, insistió Trotsky, un cuartel debía asemejarse a una escuela militar y general, y no a un simple campo de ejercicios castrenses. En el Ejército Rojo los mandos eran nombrados, no elegidos; pero Trotsky contempló un retorno al principio electivo en el futuro. El octavo Congreso aprobó las "Tesis" de Trotsky y el noveno las confirmó.

El programa suscitó criticas considerables a fines de la guerra civil, cuando Trotsky hizo el primer intento de ponerlo en práctica. Los viejos oficiales profesionales se sorprendieron de que él, que había centralizado tan rigurosamente al ejército y había extirpado el espíritu guerrillero, abogara por una organización militar que, en opinión de ellos, se asemejaba sospechosamente a las antiguas Guardias Rojas. Los oficiales no podían aceptar seriamente la idea de que un ejército pudiera ser adiestrado, disciplinado y acostumbrado a la acción colectiva en otro lugar que no fuera los cuarteles. Uno de los críticos de Trotsky fue el general Svechin, autor de una obra clásica sobre estrategia y profesor en la Academia Militar. Trotsky defendió al "soñador Jaurés" contra este crítico:

Si el profesor Svechin piensa que el Partido Comunista ha tomado el poder para reemplazar al cuartel tricolor (zarista) por uno rojo, está gravemente equivocado... La objeción de que bajo un sistema de milicias el mando no gozaría de suficiente autoridad, sorprende por su ceguera política. ¿Ha sido establecida acaso en los cuarteles la autoridad del mando actual del Ejército Rojo?... Esa autoridad no se basa en la hipnosis benéfica de los cuarteles, sino en el atractivo del régimen soviético y del Partido Comunista. El profesor Svechin simplemente ha pasado por alto a la revolución y a la enorme transformación espiritual que ésta ha producido... Para él, el mercenario ignorante y borracho, enfermo de sífilis y embrutecido por el catolicismo, que militó en el Wallenstein, el aprendiz de artesano de París,

---

2- Trotsky, Kak Vooruzhalas Revolutsia, vol. I, pp. 185-195.

que, encabezado por periodistas y abogados, destruyó la Bastilla, el obrero sajón miembro del Partido Socialdemócrata de 1914-8, y el proletariado ruso que por primera vez en la historia del mundo tomó el poder, todos ellos son, para el profesor Svechin, aproximadamente la misma carne de cañón que debe elaborarse delicadamente en los cuarteles. ¿No es esto una burla de la historia?

El desarrollo del orden comunista será paralelo al crecimiento de la estatura espiritual de las más amplias masas populares. Lo que el Partido ha dado hasta ahora principalmente a los obreros avanzados, se lo dará en grado cada vez mayor la nueva sociedad al pueblo en general... Para sus miembros, el Partido hasta ahora ha "reemplazado", en cierto sentido, al cuartel: les ha dado la necesaria solidaridad interna, los ha hecho capaces del sacrificio y de la lucha colectiva. La sociedad comunista será capaz de hacer esto en una escala incomparablemente más vasta... El espíritu de cooperación, en el sentido más amplio, es el espíritu del colectivismo. Es posible fomentarlo no sólo en el cuartel, sino en una escuela bien organizada, especialmente una escuela que combine la educación con el trabajo físico; es posible fomentarlo por medio del principio cooperativo del trabajo; es posible fomentarlo por medio de las actividades deportivas amplias y dirigidas a un propósito. Si las milicias se basan en los agolpamientos naturales, de índole ocupacional y productiva, de la nueva sociedad, las comunas de aldeas, los colectivos municipales, las asociaciones industriales... unificadas internamente por la escuela, la asociación deportiva y las circunstancias del trabajo, entonces la milicia será mucho más rica en espíritu "corporativo", en un espíritu de calidad muy superior, que los regimientos formados en los cuarteles.[3]

La idea de las milicias fue criticada también en el Partido, donde se planteó la demanda de que se revisaran las resoluciones adoptadas en favor de tal idea. En un Congreso de comisarios del ejército celebrado a fines de 1920, Smilgá presentó un alegato convincente contra las milicias. Sostuvo que, bajo este sistema, la mayor parte de los regimientos y las divisiones estarían compuestas casi exclusivamente por muzhiks; las

---

3- Ibid., vol. II, libro 1 pp. 115-121.

unidades proletarias, industriales, serían muy pocas y estarían aisladas del resto del, ejército. Esto podría ser peligroso para la dictadura proletaria. Para los bolcheviques era vital distribuir los elementos proletarios en todo el ejército, pero eso era incompatible con el principio de organización territorial-productiva. Por razones militares, argumentó Smilgá, las milicias también serían inadecuadas. Con ferrocarriles defectuosos y dispersos, Rusia no podría, al estallar una guerra, movilizar a tiempo y concentrar las milicias en los puntos estratégicos. Bajo este sistema, Rusia no sería capaz de combatir antes de que un invasor hubiese llegado al Volga. Las milicias tenían un carácter defensivo. Jaurés había estado predispuesto en su favor porque había partido de una distinción poco realista entre la guerra defensiva y la ofensiva. Para tener éxito, las milicias requerían: un alto grado de industrialización; una clase obrera numerosa, técnicamente avanzada y relativamente educada; y una densa red de líneas de comunicaciones. De ello se desprendía que Rusia no podía prescindir de un ejército permanente.[4]

Trotsky reconoció la validez de muchas de estas críticas, pero continuó considerando a las milicias como el objetivo último de la política militar. En 1921 organizó tres divisiones de milicias -en Petrogrado, Moscú y los Urales- a modo de experimento. Pero él mismo aconsejó cautela. Aquél era un momento de muchas dificultades y descontento popular. "Si los obreros de los Urales fueran víctimas del hambre", dijo, "el experimento fracasaría". "No se puede decir en abstracto cuál sistema es preferible, no se debe tratar de resolver esto como un problema matemático. Es necesario resolverlo como una tarea política y social, de acuerdo con las circunstancias prevalecientes".[5] En años posteriores, sin embargo, casi tres cuartas partes del Ejército Rojo fueron reorganizadas como unidades territoriales, y sólo una cuarta parte mantuvo su condición de ejercito permanente. El experimento fue más lejos de lo que Rusia podía permitirse. A mediados de la década de los treintas, bajo la amenaza de la Segunda Guerra Mundial, todo el Ejército Rojo fue reorganizado y restaurado como ejército permanente. Las razones de esta contrarreforma, efectuada por

4- I. Smilgá, Ocherednie Voprosi Stroitelstva Krasnoi Armii, pp. 8-12.
5- Trotsky, Kak Vooruzhalas Revolutsia, vol. III, libro 1, p. 12.

Stalin y Tujachevsky, fueron las que Smilgá había enunciado en 1920. La contrarreforma también armonizó con la tendencia autoritaria general del período.

El problema de la doctrina militar ocupa un lugar importante en los escritos de Trotsky. El mismo no reclamó ninguna originalidad en este terreno. Pero llevó a la discusión de las cuestiones una amplia concepción de la historia y una novedad de enfoque que, si bien no bastaron para crear una nueva filosofía de la guerra, contribuyeron en mucho a proteger al Ejército Rojo de los peligros de las doctrinas unilaterales. Trotsky tuvo que luchar contra los viejos generales por una parte, y contra los jóvenes oficiales revolucionarios por la otra. A los primeros les habló como un innovador, atacando sus hábitos de pensamiento conservadores. Ante los segundos se presentó casi como un partidario de la ortodoxia militar.

Trotsky era el espíritu rector de la Academia Militar de Moscú, donde los viejos generales eran profesores y conferenciantes. Se esforzó por modernizar el *curriculum* de la Academia, liberándolo de la pedantería y acercándolo a las experiencias recientes de la guerra. En una ocasión, por ejemplo, reprochó a los escritores de la Academia su estilo seudo-histórico y exangüe, y los exhortó a emular a los autores militares franceses, que, según dijo, sabían cómo combinar la investigación histórica con un interés en la técnica de la guerra contemporánea y su trasfondo sociológico. Los académicos veían la guerra civil con cierto desdén, como un vástago bastardo de la gran estrategia. Trotsky replicó con irritación:

Se dice entre ustedes que en la presente guerra civil o pequeña... la ciencia militar no tiene, en todo caso, ningún papel que desempeñar. Yo les digo a ustedes, señores especialistas militares, que ésa es una afirmación completamente ignorante... La guerra civil, con sus frentes sumamente móviles y elásticos, ofrece un amplio campo de acción a la iniciativa y al arte militar genuinos. La tarea es exactamente la misma aquí que en cualquier otra parte: obtener un resultado máximo a través de un mínimo empleo de fuerzas... Fue precisamente la última guerra (mundial) la que ofreció un campo de acción relativamente reducido al arte estratégico. Después que el gigantesco frente que se extendía desde la costa belga

hasta Suiza quedó fijado, la guerra se hizo automática. El arte estratégico se redujo a un mínimo; todo quedó confiado a un agotamiento mutuo. Nuestra guerra, por el contrario, ha estado llena de movilidad y maniobras que hicieron posible la revelación de los mejores talentos...[6]

Mientras los viejos generales se negaban a aprender las lecciones de la guerra civil, los jóvenes a menudo se mostraban renuentes a aprender algo distinto. Ambicionaban construir una flamante "doctrina militar proletaria". Esa doctrina, sostenían, debería satisfacer las necesidades de la clase revolucionaria y adecuarse a su mentalidad: debería desdeñar la guerra defensiva y estática y favorecer la movilidad y la ofensiva. Sólo las clases decadentes, que se replegaban en todos los campos, favorecían la actitud defensiva. El "estilo de guerra proletario" atraía a los jefes que habían surgido de las filas. Sus expositores más talentosos eran Tujachevsky y Frunze, en tanto que Voroshílov y Budiony figuraban también entre sus partidarios. En el caso de Tujachevsky. la doctrina ofensiva complementaba a la "revolución desde el exterior", y al propugnar ambas permanecía dentro de la tradición napoleónica. Pero, como tenía una perspectiva más moderna que sus colegas, concebía la futura guerra ofensiva como una guerra librada por medio de formaciones de masas de tanques y vehículos blindados en cooperación con la aviación. (Tujachevsky fue también el creador de los cuerpos de paracaidistas, que se proponía usar bien atrás de las líneas enemigas, en áreas afectadas por la guerra civil.)

La polémica de Trotsky contra esta escuela de pensamiento es tal vez la parte más instructiva de sus escritos militares. Rechazó la "estrategia proletaria" del mismo modo que en otro campo repudió la "cultura proletaria" y la "literatura proletaria". "La guerra se basa en muchas ciencias", escribió, "pero la guerra misma no es ninguna ciencia: es un arte práctico, una habilidad... un arte salvaje y sangriento... Tratar de formular una nueva doctrina militar con la ayuda del marxismo es igual que tratar de crear con la ayuda del marxismo una nueva teoría arquitectónica o un

6- Ibid., p. 156.

nuevo manual de veterinaria".[7] Protestó, a menudo en un tono de burla mordaz, contra la actitud que veía a la dialéctica marxista como una especie de piedra filosofal; y exigió respeto para una cierta continuidad de la experiencia y la tradición cultural. Veía en las innovaciones "proletarias" un disfraz para la tosquedad y el engreimiento intelectual. Constantemente llamaba la atención de sus auditorios militares sobre la bárbara pobreza, bastedad y suciedad del Ejército Rojo, que sólo podrían mitigarse por medio del trabajo intenso y la atención a los detalles, de los que Rusia trataba de escapar con excesiva frecuencia para refugiarse en las esferas de la doctrina abstracta.

Los partidarios de la "doctrina proletaria de la ofensiva" teorizaban a partir de su propia experiencia en la guerra civil, en la que predominaban las maniobras rápidas. Trotsky replicaba que el Ejército Rojo había aprendido la técnica de la maniobra -que según se alegaba era la virtud exclusiva de una clase social ascendente- de las Guardias Blancas, del mismo modo que éstas se habían apropiado los métodos de propaganda del Ejército Rojo. Los blancos y los rojos habían llegado a asimilarse mutuamente en cuestiones militares: "Al combatir entre sí durante mucho tiempo, los enemigos llegan a aprender los unos de los otros".[8] El propio Trotsky había dictado su famosa orden de "¡Proletarios al caballo!", que fue la señal para la formación de la caballería de Budiony, sólo en el momento culminante de la ofensiva de Denikin, cuando la caballería blanca, al mando de Mámontov, amenazaba desorganizar el interior blochcvique por medio de sus profundas y raudas incursiones tras las líneas bolcheviques.[9]

7- De un discurso a los delegados militares al undécimo Congreso del Partido. Ibid., vol. III, libro 2, p. 244.

8- Ibid., vol. II, libro 1, pp. 61-62.

9- Trotsky en un principio vio con poca simpatía el plan de Budiony para crear un cuerpo de caballería, en parte porque el típico soldado de caballería era el cosaco reaccionario, y en parte porque, pensando característicamente en términos de la técnica occidental, Trotsky se inclinaba a suponer que la época del jinete ya había pasado. Cuando finalmente cambió de opinión, escribió en septiembre de 1919: "Esta arma tan conservadora, que en gran medida se va extinguiendo, ha resucitado súbitamente, por decirlo así. Se ha convertido en el medio defensivo y ofensivo más importante en manos de las clases más conservadoras y decadentes. Debemos arrebatarles esta arma y apropiárnosla". Op. cit., vol. II, libro 1, pp. 287-288.

Pero la gran movilidad propia de la guerra civil reflejaba (según Trotsky) las condiciones primitivas en que se libraba la guerra sobre vastas regiones escasamente pobladas. Estableció una analogía entre la guerra civil norteamericana y la rusa. En ambas, las fuerzas opuestas operaban en continentes con escasa población, con líneas de comunicaciones y medios de transportes sumamente pobres. En ambas, la caballería tenía un campo de acción excepcionalmente amplio. En ambas, los blancos eran los jinetes tradicionales; y los ejércitos de los estados norteños y de los Soviets tuvieron que arrebatar la iniciativa al enemigo y formar sus propias caballerías. De ello no se desprendía que la gran movilidad fuera el "estilo" de la guerra civil en general. En el Scheldte, el Sena o el Támesis, la guerra se libraría en una forma mucho más estática que en las estepas o las llanuras.[10]

La guerra civil se había librado en Rusia en un estilo cuasi-napoleónico debido al bajo nivel de civilización del país. Pero era tonto y antihistórico, argumentaba Trotsky, tratar de adoptar la doctrina ofensiva napoleónica para el Ejército Rojo, como trataba de hacerlo Tujachevsky. Trotsky contrastó marcadamente la posición de la Francia revolucionaria en Europa con la de la Rusia revolucionaria. A principios del siglo XIX, Francia era la nación más civilizada y técnicamente avanzada del continente europeo. Ello le permitió a Napoleón poner en práctica la estrategia ofensiva. Rusia era, técnicamente, una de las naciones más atrasadas de Europa; la estrategia napoleónica no guardaba ninguna relación con sus potencialidades sociales y militares. Trotsky indicó que el Estado Mayor francés, especialmente Foch, había cultivado en vano la estrategia napoleónica: la posición de Francia en Europa no podía permitir ni permitió su aplicación en 1914-18. Y se mofó de la flamante "doctrina proletaria" que, vista más detenidamente, no era más que un plagio de los

Budiony expresó una queja justificada contra Trotsky por el desdeñoso rechazo inidal de su idea.

10- Para ilustrar su razonamiento, Trotsky examinó el hipotético problema de defensa que una "Inglaterra proletaria" tendría que resolver si se viera enfrentada a una amenaza de invasión. Esbozó una descripción imaginativa de esa defensa: costas fortificadas, defensa de las playas, trincheras, casamatas, alambradas y obstáculos en las carreteras que conducen al interior de la isla, etc.: una descripción que se hizo extrañamente real en Inglaterra en 1940-41. Ibid., vol. III, libro 2, p. 268.

libros de texto franceses anteriores a 1914.

Los intentos de definir la "esencia" de la técnica de la guerra en general y de la proletaria en particular eran, según Trotsky, simples escarceos doctrinarios metafísicos.[11] El mismo sostuvo la necesidad de cierto eclecticismo en la teoría militar. "En las artes prácticas", citó con aprobación a Clausewitz, "no se deben elevar demasiado las flores y el follaje de la teoría; más bien deben mantenerse cerca del suelo de la experiencia". Habló con respeto condicionado sobre los métodos empíricos de los imperialistas ingleses, "quienes piensan en términos de siglos y continentes", y con desdén, sobre los epígonos alemanes de Clausewitz. Ninguna de las doctrinas de guerra "nacionales" ofrecía ni podía ofrecer ninguna "verdad última" acerca de la guerra. Cada escuela de pensamiento reflejaba tan sólo las condiciones temporales de la existencia nacional. La doctrina inglesa del equilibrio de poder y la supremacía naval; el cauteloso pensamiento militar de la Alemania de Bismarck, que iba de la mano con la agresividad diplomática; la doctrina exclusivamente ofensiva del imperialismo alemán más reciente que, arrastrado por su propio ímpetu, prescindía de toda cautela; la doctrina ofensiva bonapartista de la Francia anterior a 1914 (y, podríamos añadir nosotros, la reacción contraria que tuvo su expresión en la línea Maginot antes de 1940); todas estas doctrinas no hacen más que aislar y exagerar ciertos momentos y aspectos de la experiencia militar. El modo de pensar marxista es adverso al doctrinarismo militar de cualquier género. "Sólo el traidor renuncia al ataque; sólo el ingenuo reduce toda la estrategia al ataque".[12]

11- "Si revisamos el inventario de las 'verdades eternas' de la ciencia militar, no obtenemos más que unos cuantos axiomas lógicos y postulados euclidcanos. Defender los flancos, asegurar las líneas de comunicaciones y de retirada, atacar el punto menos defendido del enemigo, etc. Tales principios. .. bien podrían aplicarse a cuestiones muy desligadas del arte de la guerra. El burro que se roba la avena por el agujero de un costal roto ("el punto menos defendido por el enemigo") y en actitud vigilante vuelve su grupa en dirección contraria a aquella por donde amenaza el peligro, ciertamente se comporta de acuerdo con los principios eternos de la ciencia militar". Ibid., vol. III, libro 2, ensayo sobre "La Doctrina Militar y el Doctrínarismo Seudomilitar".

12- Ibid., p. 222.

Dispersas en estos ensayos y discursos se encuentran sugestiones y anticipaciones dignas de mención, producidas en el transcurso de las discusiones, de las cuales sólo es posible presentar unas cuantas aquí. Así, por ejemplo, al discutir la estrategia de una segunda guerra mundial, casi veinte años antes de que ocurriera, Trotsky comentó que sería muy diferente de la primera tanto en Europa occidental como en Rusia. En Europa occidental, la guerra de trincheras tendría menos importancia o desaparecería del todo. En Rusia, por el contrario, habría más lucha de posiciones que la que hubo en la guerra civil. [13] En una polémica contra Frunze y Voroshílov, argumentó que si Rusia fuera atacada desde el oeste por una potencia capitalista técnicamente más poderosa, la tarea del Ejército Rojo en la primera fase de las hostilidades no sería la de atacar, sino la de actuar defensivamente, porque Rusia efectuaría su movilización con más lentitud y las operaciones defensivas le darían tiempo para completarla. Era, por lo tanto, absolutamente erróneo inculcarle al ejército la noción de la invariable superioridad moral del atacante. "Contando con el espacio y con los números en nuestro favor, podemos trazar con calma y confianza la línea en que la movilización, asegurada por nuestra defensa obstinada, nos permitirá acumular el suficiente poder de ataque para pasar a la contraofensiva".[14] El Ejército Rojo podría ser obligado a retroceder, pero la profundidad de la retirada sería dictada únicamente por las necesidades de la movilización.

Si yo (sin embargo) soy el primero en atacar y mi ataque no está suficientemente apoyado por la movilización y me veo obligado a retirarme, entonces pierdo el tiempo y tal vez lo pierda irremediablemente. Si, por el contrario, mi plan estipula una retirada preliminar, si el plan es claro para los mandos superiores, si éstos tienen confianza en el futuro próximo y transmiten esa confianza a sus subordinados, si su confianza nó sucumbe ante el prejuicio de que uno debe ser invariablemente el primero en atacar, entonces tengo todas las posibilidades de recobrar el tempo y de vencer. [15]

13- Ibid., p. 268.
14- lbid,, p. 256.
15- Loc. cit.

Trotsky, por supuesto, no le veía ningún sentido al Estado Mayor Internacional propuesto por Tujachevsky. Sostenía que el momento de establecer tal organismo llegaría sólo cuando, en el proceso de desarrollo de auténticas revoluciones en el extranjero, se crearan nuevos ejércitos rojos. Pero él mismo insistió en la necesidad de formular reglas y reglamentos de la guerra civil, en los que se utilizaran y valoraran las experiencias de las revoluciones y los levantamientos en diversos países; y redactó un compendio de tales reglas y reglamentos.

A raíz de la guerra civil, los problemas educativos del ejército, las complicaciones tecnológicas de la guerra y su relación cada vez más íntima con la política, mantuvieron ocupado a Trotsky. "En la educacación de nuestros oficiales rojos", dijo, "el desarrollo de su capacidad para la valoración sintética de la cooperación y la interacción mutua de todos los tipos de armas modernas debe ir acompañado de la adquisición de una orientación social y política correcta..."[16] En la Academia Militar instó a los miembros del personal de mando a que aprendieran idiomas extranjeros, se salieran de su caparazón nacional, ampliaran sus horizontes y "participaran en la experiencia mundial de la humanidad".

16- Ibid., vol. I, p. XI.